

EL EJEMPLO EN EDUCACIÓN



Antonio Ruiz y Martín
Docente jubilado

La base más sólida para conseguir una buena educación es el ejemplo. Infinidad de personajes han dado su opinión sobre la influencia del ejemplo, me permito traer la de Mahler: “No hay más que una educación, y es el ejemplo”.

La tribu [1] parece haberse olvidado de este principio y actúa en constante contradicción con él. Basta con asomarse a algunos medios de comunicación para observarlo. Los modelos de buena educación con valores sobresalientes son ignorados e incluso vilipendiados para aupar a arquetipos toscos cuyos méritos principales son la desvergüenza y la ignorancia.

Por otro lado, la clase política parece ignorar esta premisa del ejemplo y vive ajena a ella. Sus actuaciones vienen a guiarse por el lema de: “Dime lo que pretendes, y sabré a lo que oponerme”.

Así tenemos que en los últimos cincuenta años hemos sufrido en este país nueve leyes educativas, lo que conlleva a que cada 5’5 años tenemos una nueva ley. Teniendo en cuenta que una Ley tarda una serie de años en implantarse, podemos decir que en el mundo educativo se vive en una continua provisionalidad, sin que ello tenga visos de enmienda.

Lo de parlamentar ha pasado a un segundo plano y da la sensación que los diputados han incluido una “s” en el nombre: disputados. La cual distorsiona su función y pone en constante vigencia el verbo disputar, en su acepción más disparatada.

¿Cómo se le hace llegar a nuestros educandos el valor de la empatía después de ver una sesión del Congreso de Disputados?

Los ciudadanos de a pie vemos, con consternación y vergüenza, a algunos de nuestros representantes utilizar la “mala educación” como forma normal en sus relaciones. Nada les importa el efecto ejemplarizante que sus acciones tienen para la sociedad.

Cuando los equipos ministeriales se sientan a redactar las nuevas y “definitivas” leyes educativas, con fecha de caducidad inmediata, parecen que lo hacen bajo la consigna de: “Hacer lo que yo os diga, y no lo que yo haga”. A partir de aquí llenan los preámbulos de grandilocuentes

palabras envueltas en unos valores que pretenden que lleguen a las nuevas generaciones por mor de su publicación en el BOE.

Los valores de respeto, empatía e igualdad que deben sustentar y guiar el sistema educativo, quedan en agua de borrajas al ver el mal ejemplo continuo de nuestros dirigentes.

Algunas de sus señorías se expresan con un lenguaje soez y chabacano, bien porque es su forma habitual de comunicarse o buscando una foto “progre”, en la creencia de obtener el favor del voto. Triste voto.

En fechas recientes hemos sido testigos atónitos de como componentes del legislativo y ejecutivo faltaban el respeto al poder judicial sin consideración de ningún tipo. Esos mismos que luego reclaman acatamiento a sus propuestas.

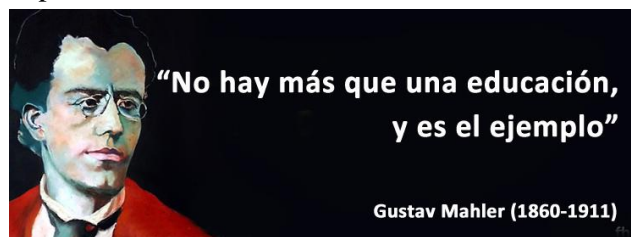
Otro de los valores desdeñados ha sido la verdad. La mentira, el engaño y el cinismo le han ganado la partida y ya se considera que estos forman parte de la normalidad. Nos viene a la memoria la desfachatez del admirado político: “Las promesas electorales se hacen para no cumplirlas”.

Parecidas observaciones podríamos hacer en otros ámbitos. Lo más curioso es que después esta misma tribu se escandaliza al ver las cosechas de lo sembrado.

Corresponde a las familias y los docentes abstraerse de toda esta madeja de desatinos y centrarse en los grandes valores que la educación debe aportar a nuestra niñez y juventud para conseguir “buenas y educadas personas”.

Como anécdota, y en cuanto a la igualdad, conviene concretar que las chicas no tienen la obligación de llegar tarde y borrachas a su casa. Ni las madres tienen que estar hasta el c. para que todos contribuyan en el hogar.

Confiemos en el buen sentido de nuestras familias y docentes, y que con su ejemplo, con su voz y razonamiento bien eduquen al tesoro más importante de nuestra sociedad.



Gustav Mahler (1860-1911)

[1].- Como sinónimo de la sociedad en general. La tribu colaboradora importante de la labor educadora de las familias.